

Efraín Bartolomé y el sol poético

Juan Domingo Argüelles

Efraín Bartolomé nació en Ocosingo, Chiapas, en 1950. Hizo estudios de psicología y actualmente ejerce la psicoterapia como una forma de práctica poética, ya que, como él mismo afirma, su vida ha sido puesta, por vocación y elección, al servicio de la poesía. En otras palabras, ha asumido el oficio poético como un sacerdocio.

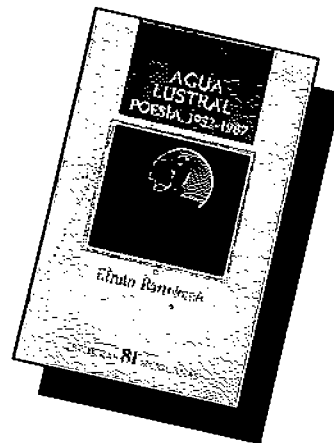
En su obra se reconoce un rigor que es poco frecuente en la lírica mexicana, así como la revaloración del sentimiento: la poesía es el vehículo de las emociones, y lo que no es emoción y, más aún, conmoción, no vale la pena trasladarlo al verso.

Entre los últimos meses de 1990 y los primeros seis de 1995, es decir en menos de un lustro completo, Efraín Bartolomé ha publicado nueve títulos de poesía en los cuales se hallan *plaquettes*, libros individuales y una reunión de sus primeros cuatro poemarios.

En estricto orden cronológico, entre octubre del 90 y julio del 95 han visto la luz: la edición aumentada y definitiva de *Ojo de jaguar* (UNAM, 1990), *Cantos para la joven concubina y otros poemas dispersos* (Cuarto Creciente, 1991), *Mínima animalia* (CIDCLI/CNCA, 1991), *Música lunar* (Joaquín Mortiz, 1991), *Cirio para Roberto* (1993), la edición trilingüe de *Ala del sur* (CNCA/UNACH, 1993), *Agua lustral. Poesía, 1982-1987* (CNCA, 1994), *Corazón del monte* (CNCA, 1995) y *Trozos de sol* (Al Este del Paraíso, 1995).

Antes, en 1982 hizo escuchar con vigor su voz en aquella primera edición de *Ojo de jaguar* que apareció en las ya célebres Ediciones de la Revista *Punto de partida*, para luego continuar con otros tres libros fundamentales: *Ciudad bajo el relámpago* (Katún, 1983), *Música solar* (Joaquín Mortiz, 1984; con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes) y *Cuadernos contra el ángel* (Gobierno del Estado de Queretaro, 1987), todos ellos contenidos hoy en *Agua lustral*.

Pero esta abundancia, que se acerca a las setecientas páginas, no ha ido en detrimento del rigor poético que Bartolomé confiere



a cada uno de sus libros, a cada uno de sus poemas, en donde el verso se defiende por sí mismo con una sonoridad y un significado contundentes, lejos, muy lejos, de los fuegos fatuos del verbalismo y de los juegos vanos de las imágenes sin sentido que se convierten en imágenes de nada.

Para Efraín Bartolomé, desde su primer libro publicado en 1982, la poesía debía ser consonancia de la existencia, porque ¿“para qué hablar entonces”, si la voz no se transforma en canto de perdiz y “el aliento en resoplar de puma”? ¿Para qué escribir si no se pone en el poema “la piel y la memoria”? ¿Para qué llenar páginas y páginas si en éstas no palpitan la “tibieza soledad”, “el peso del silencio”, la claridad, el temblor frío de la inquietud, la tempestad de la alegría? ¿Para qué escribir, en fin, si la palabra no recupera su poder de nombrar y de hacer sentir las emociones y los sueños “del corazón del hombre”?

Porque, al igual que Jaime Sabines, desde sus inicios como poeta Efraín Bartolomé se preguntó con la voz del maestro: “¿No podremos decir nada del viento/ en el que estamos como en la alegría?”

Y se respondió con la poesía misma y con la certeza destinada a Sabines y que alcanza en metáfora a todo aquel poeta que merezca este nombre: “Muerde el poeta su membrillo diario y sabe que al hacerlo está mordiendo el corazón del mundo.”

Al leer y al releer *Corazón del monte* pueden afirmarse certidumbres. No todos los días la poesía es grande, y es buena y es noble y nos reconcilia con la vida. Limpia los ojos, como dijera Gabriel Zaid, a propósito de la obra de Carlos Pellicer.

No es frecuente que a la emoción auténtica, le acompañe la palabra precisa y la forma que es fondo cuando lo dicho y lo vivido son una misma cosa. “Queríamos ser fuertes, mas el ronco bramido/ nos reventaba el alma”; “El tiempo se detuvo en nuestros ojos”; “Y fuimos sólo un puño de ceniza y de miedo.”

Juan Domingo Argüelles. Poeta y ensayista. Es autor de los libros de poesía *Como el mar que regresa* (1990), *Canciones de la luz y la tiniebla* (1991), *Cruz y ficciones* (1992) y *Agua bajo los puentes*. Entre otros reconocimientos, ha recibido el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta (1987) y el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen (1992).

“Yo soy Pedro de Zavaleta/ y he pasado a la historia/ como desorejador de cancuqueros:/ había que marcar a los hijos del Demonio:/ que vivieran el resto deste siglo dieciocho/ con la seña de Dios: el nuestro el verdadero/ el único.”

Uno de los mayores riesgos de la maestría y del talento es la aparición de los imitadores, los copistas y los plagiarios. Luego de una docena de libros y del fervor de buenos lectores, Efraín Bartolomé se ha ganado un lugar preponderante en la poesía mexicana contemporánea, y hoy incluso padece el dudoso homenaje del plagio. Ello, creo yo, no le afectará, porque “el sagrado poema” tiene por clave secreta su “nombre impronunciable”.^Δ